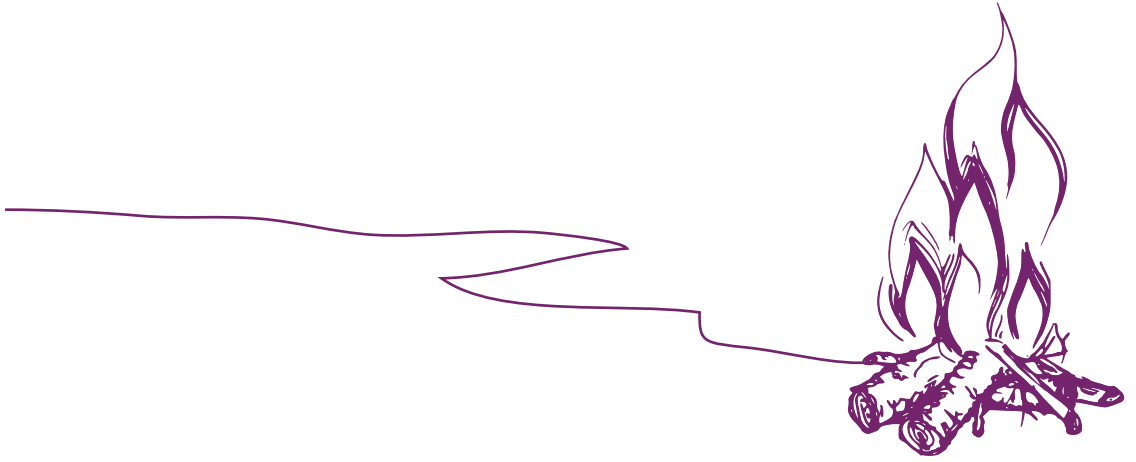


# Como el humo de una hoguera

Iván Cabrera Perdomo







Cuando encendemos una **hoguera**,  
sale humo, un humo que se va, desaparece.  
En este cuento leerás que hay pensamientos  
o palabras que desaparecen,  
**como el humo de una hoguera.**

Oímos a mi padre llegar en su coche.  
Todos estamos muy callados y asustados.

Le oímos aparcar el coche.  
Solo con el ruido que hace,  
ya sabemos que viene borracho.

Cuando entra a casa,  
huele mucho a alcohol.  
Mi madre no habla y está muy seria.

Con el miedo en la cara,  
le pone la comida que ha cocinado para él.

Mi padre grita muy fuerte  
y rechaza la comida.

Sus gritos son tan altos  
que todos los vecinos del barrio  
se despiertan.

Es mejor no hablar.

Porque si hablas, te llevas el golpe.

Pregunta por mí, me llama.

Yo, que estoy en la cama, me levanto y voy.

Me grita:

–¿Qué haces?

¡No se te escucha nada!

¡Seguro que andas haciendo algo malo!

–No es verdad, papá –contesto.

–¡Cállate! –me grita.

Entonces, comienza a pegarme.

Así eran las cosas con él:

cuando él decía algo, había que darle la razón.

Si le decías lo contrario,

todo eran gritos y golpes.

Mi hermana llora.

–Por favor, papá, no le pegues –le pide ella.  
Mi hermana es su niña bonita.  
Ella es la única capaz de tranquilizarlo.

–Déjalo tranquilo, se ha portado bien –suplica  
mi madre.

Mi padre, lleno de rabia,  
se vuelve hacia mi madre  
y la insulta con palabrotas terribles.

Mi padre pega a mi madre  
con mucha violencia y fuerza.  
Todos nos quedamos quietos.  
No nos movemos ni un momento.

Voy a ayudarla  
y planto cara a mi padre.  
Tengo miedo.  
De hecho, tengo más miedo que valor.

Pobre de mí.

Me pega, golpea mi cuerpo pequeño, sin control.

Lanza toda su rabia sobre mí.

Mi hermana llora y se encierra en su habitación.

Tiene miedo de que mi padre le toque.

Mamá, temblando y con voz suave,

intenta calmarlo.

Él, como un **dictador**,

me manda a la cama sin cenar.

Un **dictador** es una persona que abusa de su autoridad y trata con dureza a las demás personas.

Me voy a mi habitación.

Estoy dolorido y preocupado, no entiendo nada.

Es más la preocupación en mi mente

que el daño de los golpes

de sus brazos pesados contra mi cuerpo.

¿Qué he hecho mal?

¿Por qué me grita?

¿Por qué me golpea?

Me acuesto en la cama, sin hacer ruido.

Le pido a Dios que se duerma ya.

Le pido que no haya más escándalos ni peleas.

Busco mi balón, que es mi mejor amigo.

Lo abrazo con fuerza.

Con mi balón, me siento seguro.

Con él, me imagino que vuelo.

Con él, me divierto muchísimo.

Con él, no tengo miedos.

Con él, no tengo problemas.

Pero no consigo desconectar,

no soy capaz de pensar en otras cosas.

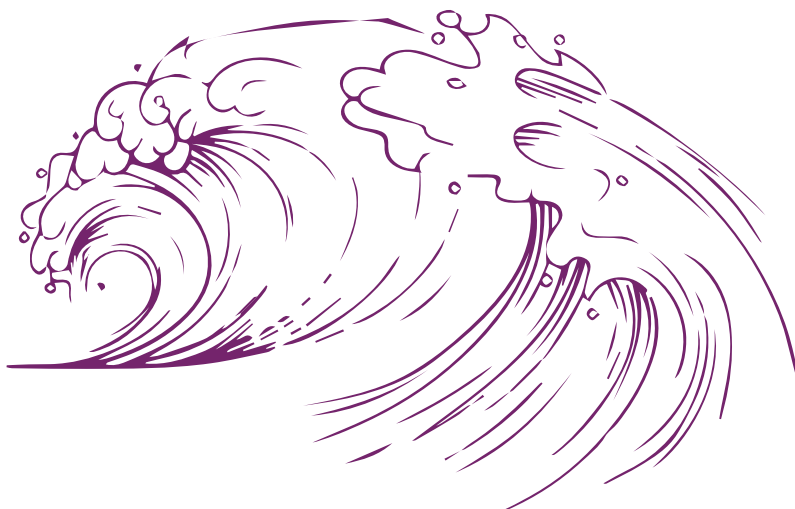
Pienso en cómo mi padre

puede cambiar tanto.



Es difícil entender tantos cambios  
en una persona  
que se supone que me quiere.

Porque mi padre cambia como la mar:  
unos días, está tranquilo,  
como la mar en calma  
y otros días es violento,  
capaz de revolcarte sin piedad,  
como la mar brava.



Recuerdo lo felices que fuimos todos cuando los Reyes Magos me trajeron el balón.

Aquel Día de Reyes, mi hermana y yo nos levantamos muy temprano, antes de que saliera el sol.

Cuando llegué al salón y lo vi, junto al uniforme de **Arconada**, el mejor portero de la historia, ¡Vaya ilusión me hizo!  
¡Qué alegría!



**Arconada** es un jugador de fútbol que jugó de portero en la Selección Española en los años 80 del siglo pasado. Su nombre completo es **Luis Miguel Arconada Echarri**.

Aquel balón llegó a ser mi mejor amigo. Jugaba mucho con él y lo compartía con otros niños. Fue mi compañero de juegos. Con él, conocía nuevas personas y vivía nuevas aventuras.

Gracias a mi balón,  
olvidaba la dura realidad de mi casa.

Todas las tardes, jugaba al fútbol en la calle  
o iba a la cancha La Pedrera, en Gáldar.  
Allí conocí a todos los niños del barrio.  
Jugando al fútbol, despejaba mi mente.



A veces, cuando jugaba, de pronto oía su silbido.  
Entonces, volvía de golpe a la realidad.  
Me quedaba quieto, con mucho miedo.  
Mi corazón latía a toda velocidad.  
Entonces, corría todo lo que podía,  
con la ropa sucia  
y las piernas llenas de arañazos.

Llegaba hasta papá, con la cabeza baja.  
Yo me preguntaba qué había hecho mal.

Entonces, papá me pegaba.  
A veces, me pegaba por llegar tarde.  
Otras veces, me pegaba por haber hecho algo.  
Y otras, por no haberlo hecho.  
Siempre había un motivo.

Podía pegarme,  
pero no podía controlar mi imaginación.

Mientras me gritaba,  
yo soñaba con ser **Maradona**.  
Soñaba con meter el gol final  
y con ganar el partido.

Para muchas personas,  
Maradona es el mejor  
jugador de fútbol  
de todos los tiempos.  
Él es argentino.  
Su nombre completo es  
**Diego Armando Maradona**.

Pensaba siempre en todas las cosas  
que podían ayudarme a olvidar,  
en aquellas cosas que me hacían feliz.

Cuando mi padre entraba en casa,  
todo era sufrimiento.

Todos estábamos asustados  
y teníamos mucho miedo.

Nadie decía nada.

Él se servía su whisky y se metía con todos.

Yo lloraba desconsolado  
y me abrazaba a mi balón.

Un día, mi madre no pudo más  
y, con la ayuda de varias personas,  
tomó una decisión:  
lo dejó, se marchó de casa.

Fue la decisión más dura de su vida,  
pero también fue la mejor.

Con lágrimas en los ojos,  
dejó a sus hijos queridos.

Mi madre necesitaba estar bien,  
tomar fuerza y confianza  
para luchar y conseguir estar con nosotros.

Mi hermana tampoco aguantó  
y se marchó a vivir con mi abuela.

Yo me quedé:  
quería jugar con mi balón querido,  
en mi calle, con mis amigos.

Una mañana, tras una noche dura,  
los llantos de mi padre me despertaron.

Le escuché decir:

–Con lo mal que lo pasé cuando era niño,  
¿cómo soy capaz de llegar a esto?  
¿cómo puedo hacer tanto daño a mi familia?

–Me das pena –pensé.

Pero, cuando se sirvió una copa,  
este pensamiento se fue,  
desapareció como el humo de una hoguera.

Recuerdo que cuando él no estaba  
y no me sentía con ganas de jugar con mi balón,  
me iba a casa de mi abuela.

Allí pasaba la tarde con mi tía.  
Hacíamos cosas divertidas:  
veíamos la tele, leíamos chistes,  
comía golosinas, jugaba con el gato.

Al final, terminaba acostado junto a mi abuela.  
Ella me rascaba la cabeza.  
En esos momentos,  
olvidaba todo lo malo  
y me sentía feliz.

Otras veces, mis amigos me llamaban desde la calle para salir a jugar con ellos al balón.

Salía contento,  
tan contento como aquel Día de Reyes  
en el que me encontré el balón en el salón de casa.

Al llegar la noche,  
me iba corriendo a casa.  
Allí, me metía en la cama,  
derrotado por el cansancio.

Y entonces,  
caía en los brazos del sueño,  
huyendo del dolor del hogar.

